

XXVII

MARÍA BAGRATION

Yo no hacía un lucido papel; bailaba mal; en la conversación mi carácter me imponía tan pronto pensamientos demasiado serios, como imaginaciones demasiado burlescas, sin ofrecerme nunca las ideas fáciles que agradan a todo el mundo. Iba de un extremo a otro, siempre más torpe o más agudo que los demás, y siempre insoportable. Los atractivos de las mujeres me producían emociones indecibles, que nunca me atreví a confesar; la violencia de mi temperamento me acobardó y me impuso la timidez. Todo contribuía igualmente a mi fracaso. Advertí que dejaban de invitarme en varias casas donde al principio me recibieron. Sólo en el salón de la señora de Airiau, esposa del ingeniero que me llevaría de secretario en uno de sus viajes de estudio por Asia, no desagradó mi manera de ser. La señora de Airiau recibía en su lujoso aposento de la plaza de Vendome a varios artistas, hombres de ciencia, hombres de negocio, y mujeres de varias categorías que realzaban la brillantez de las joyas y

la majestad del miriñaque. Supongo que iban allí muchos judíos; pero a nadie le preocupaba, porque había poco antisemitismo en el París de aquel tiempo, y más bien eran atendidos por haber figurado con los Fould y los Pereire en los más importantes cargos del Gobierno de Julio y en los comienzos del Imperio. También frecuentaban aquel salón, turcos, austriacos, alemanes, ingleses, españoles, italianos, y nadie lo extrañaba. París era, en tiempo de Napoleón III, el parador universal, y se recibía con afectuosa magnificencia a cuantos llegaban procedentes de todos los países del mundo. Nada hizo suponer la xenofobia que más adelante ensombrecería la Tercera República, los odios y sospechas, frutos envenenados de la derrota, que la victoria multiplicó, después de cincuenta años, y que por lo visto perdurarán. Lo que me agradaba más en el salón de la señora Airiau era la señora Airiau, bella sin esplendor, delgada, fina, que hablaba bien y me había demostrado afecto. Una tarde que fui a su casa encontré entre los visitantes, turcos en su mayoría, a una señora desconocida que me fué presentada: la princesa María Bagration. Mis ojos se turbaron en cuanto la vieron; no me fué posible decirle una palabra; su presencia me anonadó, y me creí de pronto el más infeliz de los hombres. Había perdido en un momento mis facultades, la conciencia de mí mismo, la razón, por una mujer, de la cual me sentía más alejado que de cualquiera otra criatura. A pesar de que ordinariamente advertí con facilidad

los detalles de un atavío, sólo noté que la princesa vestía de blanco y llevaba un collar de perlas; creo que también llevaba los brazos desnudos, pero no puedo asegurarlo; su propio esplendor la velaba dulcemente ante mis ojos. Luego vi que tenía el pelo castaño, bastante oscuro, los ojos negros y dorados, sonrosado el cutis, y que era alta, esbelta, majestuosa. Temblé al oír su voz, que me acariciaba y me desgarraba deliciosamente, una voz extraña y encantadora. Ignoro el tiempo transcurrido sin que me fuera posible hablar. El salón estaba rebosante. Me hallé junto al señor Milsent, muy simpático, a quien ya trataba, pero me sería imposible decir las cosas de que me habló hasta nombrar a la princesa. Desde aquel punto lo tengo todo muy presente. Sorprendióle saber que yo ignorase la existencia de aquella señora, y me resumió en pocas palabras cuanto «se decía»:

Es una princesa rusa separada de un marido que viaja siempre. Vive en París con su madre, bebedora de éter, a la que nadie ha visto jamás. La suponen rica, pero se duda un poco de su condición social. La princesa es escultora; su vivir es un misterio. ¿Qué opina usted?

No pude contestarle, y el señor Milsent prosiguió:

—Puesto que le han presentado a ella, visítela. Recibe todos los días, desde las cinco de la tarde, en su estudio de la calle Basse-du-Rempart. Se reúnen allí personajes muy famosos. Touguenef, el se-

ñor y la señora Viardot, el pianista Alejandro Max, y mujeres curiosas.

Me prometí no acudir; me lo juré; pero estaba seguro de faltar a mi juramento, porque aquella calle y aquel estudio eran ya mi obsesión.

Cuando la princesa tomaba el te me acerqué a ella; a pesar de que su nota más característica era la firmeza de sus contornos, yo la veía esfumada en un resplandor. Sus movimientos eran amplios, libres, más rítmicos y musicales que los de las otras mujeres. Lo que me sobrecogió de un modo espantoso fué la indiferencia expresada por las facciones de aquel hermoso rostro indescifrable. Si me hubieran obligado entonces a definir el sentimiento que aquella mujer me inspiraba, creo que dijera: «Me inspira odio, pero un odio inerme, tranquilo y bello como la persona que lo produce.» Se retiró pronto; y comprendí que, por muy lejos que se hallara, yo la sentiría siempre cerca de mí. En realidad, luego la veía más claramente que mientras estuve en su presencia. Se me apareció en todos sus detalles. Su estrecha frente, donde terminaba la línea casi recta de su nariz; los discos de sus pupilas, donde nadaba el oro fundido en un cielo casi negro; las alas de su nariz, graciosamente altivas; los labios entreabiertos, que parecían besarse cuando cerraba la boca; el cuello firme y blanco, los pechos bien colocados en el busto arrogante. Sí; yo la odiaba porque me robó la vida sin saberlo, porque sólo me dió a cambio un fantasma, porque no concebí un instante la ilusión de

llegar a ser algo para ella. Sentía entonces junto a las mujeres una timidez de la que tardé mucho en librarme; pero junto a la princesa no era timidez lo que yo sentía, era miedo, era espanto, era horror sagrado.

Al despedirme, la señora de Airiau me dijo con cierto retintín:

—Hasta la vista, caballero. Y vuelva usted con otra cara.

Entonces advertí que mi mal era mayor de lo que yo creía, que no lo disimulaba, y que se podían adivinar fácilmente señales de mi trastorno. Aquello me abrumó, y me declaré absolutamente vencido cuando al entrar en mi habitación, que no era bonita pero sí de mi gusto hasta entonces, nada me distrajo. Todo lo que no era ella o emanara de ella, me parecía insípido y odioso, y no supe dónde albergar mi fantasma entre mis cuatro paredes.

Al día siguiente volví a encontrarla.

Iba yo a la Biblioteca Nacional en busca de algunos libros donde podría tomar notas referentes a la vida y los trabajos de Paolo Ucello. Sin ánimo para reflexionar, sin energías para el estudio, llevé a cabo mi propósito; y entonces comprendí que para lograr con algún acierto un fruto estimable de la inteligencia, si se tienen disposiciones naturales basta el trabajo mecánico, y que la mayoría de las veces sólo por una cobarde pereza aguardamos a que nos ayude la inspiración. Era el 6 de mayo; fijé para el 14 mi visita a la calle Basse-du-

Rempart. Entre tanto mi obsesión se dulcificaba de día en día, llegó a parecerme un absurdo tratar de ver a la que me había dejado su fantasma; pero no renuncié a mi propósito. El 14 de mayo me vestí con el mayor esmero posible y elegí mi corbata más nueva y más lucida. Tenía dos alfileres: una flor de esmalte medio cerrada entre dos hojitas de oro, y una medalla de plata del emperador Alejandro con la cabeza de Júpiter Ammon. Preferí la medalla porque me pareció más artística. Al recordar mi silencio y mi cortedad cuando fui presentado a la princesa Bagration en casa de los señores de Airiau, supuse que se negaría a recibirme. Pero ¿qué arriesgaba? Como nada podía esperar tampoco debía temer nada.

Era una casa de tres pisos, y desde el tercero se subía al taller por una escalerita. Entré. La princesa me recibió como si me viese todos los días, y sin soltar los palillos me advirtió que no me daba una mano por tenerlas sucias de barro. Llevaba una blusa gris y lisa, lo cual era una revelación preciosa y sorprendente en un tiempo en que las mujeres al vestirse superponían a su estructura natural un edificio de costurera. Actualmente no se concibe el encanto que daba a una mujer como la princesa Bagration una envoltura sencilla como aquella que no encubría sus formas, y al excluirla de la vulgaridad elegante la aproximaba a la región feliz de las ninfas y de las diosas. Su carne no era dorada, como supuse a la luz de las bujías y de los quinqués,

pero la luz cenital del estudio, que resbalaba sobre el plano de su frente y de su nariz, bañaba el rostro en una pureza divina. Esculpía entonces el busto de Viardot, que ya era viejo y dormitaba en el estudio. Para juzgar a distancia su obra y volver de nuevo a trabajar, se alejaba y se aproximaba la princesa, con pasitos muy cortos, delatores de una ligera miopia. Me pareció que su modelado era vigoroso y de cierta brutalidad. Había en el estudio abundantes yesos, iconos envejecidos, telas orientales en desorden. El señor Viardot, a quien yo había visto ya varias veces, no estaba solo con ella. Tres hombres, uno joven y dos viejos, se recostaban sobre las blanduras de los almohadones amontonados en los divanes. De pronto no supe quiénes eran, porque la señora no me presentó a nadie. Fumaban cigarrillos y apenas hablaban. Hacía unos veinte minutos que había llegado yo, cuando María Bagration se dirigió al joven alto y rubio para decirle:

—Cirilo; toque usted algo.

El joven se acercó al piano y tocó prodigiosamente. Me humillaba no saber qué música era aquella, y leí sobre la partitura: *Chopin, Scherzo*. Mis ojos contemplaban ansiosamente los movimientos de la mujer incomparable, armoniosa para mí como la más delicada música del mundo.

Cuando María Bagration le ofreció un descanso, el señor Viardot se libró poco a poco de su embotamiento. Era muy entendido en artes y había publicado libros muy estimados acerca de la pintura

española. También era un hombre bondadoso; me felicitó por mi colaboración en una obra referente a la pintura. Esposo de la más perfecta cantante de su tiempo, felicitó a Cirilo Balachow por su interpretación ardiente y apasionada. Yo oía por primera vez el nombre de aquel músico; lanzado a un mundo nuevo, yo lo ignoraba todo. Me despedí sin haber cruzado con María Bagration dos palabras.

Yo no la conocía, y es posible que tampoco deseara conocerla. Más prudente de lo que supondrá quien lea esta historia, más prudente de lo que yo mismo supuse, descubrí el secreto de Eros; supe que el amor puro se liberta de toda simpatía, de toda estimación y de toda amistad; vive del deseo y se nutre con mentiras. Sólo se ama sinceramente lo que se desconoce. ¿Por qué caminos había llegado yo al conocimiento de esta verdad inaccesible? Poseía todo lo que se puede obtener del amor: un fantasma; paseé mi fantasma por los bosques de Meudon y de Saint-Cloud, y esto me bastó para ser dichoso.

Visitó luego a la señora Airiau, la cual me acogió casi tan afectuosamente como de costumbre, pero sin hablarme de la princesa Bagration. El señor Milsent, a quien encontré allí, aprovechó un momento conveniente para preguntarme con alguna reserva si frecuentaba el estudio de la calle Basse-du-Rempart. Le respondí que iba rara vez.

—La princesa no sabe recibir—me dijo—, es una salvaje.

Mis visitas a la calle Basse-du-Rempart me produjeron siempre la misma emoción; al entrar en el estudio me creía transportado a otro planeta. Una vez encontré sola a María Bagration. De pie, modelaba con los dedos una figurita de mujer desnuda. Quise hablar de su arte, y sin recurrir a los elogios consabidos, la felicité por la firmeza de su estilo, que no acostumbran a tener las mujeres. Me pareció que no la desagradaba lo que yo la decía, pero no hizo ningún esfuerzo para sostener vivo nuestro diálogo. Consideré oportuno hablar del arte griego, que yo admiraba locamente. Ella no quiso replicarme, ni animarme, y me callé para dejarla trabajar. Después de veinte minutos de silencio me indicó un libro encuadernado que había sobre un diván, y me dijo que lo abriera por donde encontrase una hoja doblada. Era un tomo de una edición corriente de Platón traducido en francés. La señal estaba hecha en una página de *El Banquete*, que leí en voz alta:

«Aun cuando se realizan en el mundo muchas acciones meritorias, son contadas las que libran a los que han descendido a los infiernos; pero lo que hizo Alceste agradó tanto a los hombres y a los dioses, que éstos, seducidos por su valor, le volvieron a la vida. ¡Tan cierto es que un amor noble y generoso resulta estimable hasta para los dioses.

»No trataron de igual modo a Orfeo, hijo de Céagro. Le devolvieron a los infiernos sin cederle aquello que pedía. En lugar de unirle a

»su mujer, como deseaba, se limitaron a presentar-
 »le solamente la sombra, el fantasma incorpóreo,
 »porque le había faltado valor. Al cabo era un mú-
 »sico. En vez de imitar a Alceste y morir por la que
 »amaba, se ingenió para bajar en vida a los infier-
 »nos. Por lo cual indignados los dioses, para casti-
 »gar su cobardía le hicieron morir a manos de las
 »mujeres.»

María Bagration me había oído esta lectura con su impasibilidad acostumbrada; y después de la última frase hizo la siguiente reflexión:

—Platón sabe, sin duda, que las mujeres son más valerosas que los hombres. ¿Por qué en *El Banquete* apoya su teoría acerca del amor en la idea contraria?

Me dijo que leyera más. A los quince minutos llegó una señora rusa que se llamaba, según luego supe, Natalia Scherer. Se besaron y se trataron con familiaridad. Natalia tendría unos treinta y cinco años; era maciza, alta y arrogante; su cara era redonda, con pómulos algo salientes que daban a su belleza la expresión atrevida de los faunos.

Durante seis meses frecuenté la casa de María Bagration, sin que aumentara nuestra intimidad; ni siquiera me acostumbré a su hermosura desvanecida en su propio esplendor; pero aquella mujer ausente y desligada por completo de mí cuando la tuve a mi lado, me obsesionaba y me poseía desde lejos. En mis escapatorias al bosque de Versalles la llevé siempre conmigo, puedo afirmarlo sin exage-

rar, y enlazada estrechamente a mí fué la compañera inseparable de mis embriagueces apasionadas y dolorosas por aquellos ocultos senderos.

Una mañana leí en un periódico:

«La princesa María Bagration murió anoche en su domicilio de la calle Basse-du-Rempart.» El periódico no decía más. No pude llorar la desgracia de aquella mujer, a la cual apenas conocía, pero me quedé anonadado. Era un derrumbamiento; la tierra se abría para tragarse mi tesoro, para destruir toda la belleza del mundo, cifrada en aquella mujer.

Corrí a casa del señor Viardot, y le hallé con Cirilo Bilachow, el pianista.

—¿Ha muerto?

La voz de Cirilo repitió:

—¡Ha muerto!

—La princesa Bagration se ha suicidado—adujo Viardot—, y de una manera poco acostumbrada entre mujeres. Por la mañana la encontraron en su lecho, vestida de blanco y con su collar de perlas. Una bala de revólver había taladrado su sien derecha.

Quise indagar las causas de su resolución.

—Su madre está loca—respondióme Viardot—; su padre, el general Bagration, se suicidó también. Sin embargo, debe haber una causa determinante, pero la desconozco.

Cirilo, después de agitar sus manos crispadas, acabó por decir:

—La gente atribuye a la princesa numerosos y variados amoríos; pero lo cierto es que sus amigos nunca sospechamos que tuviera un amante. Vayamos a decirle adiós.

El estudio de la escultora se había transformado en capilla ardiente. La princesa descansaba sobre su lecho; se veía en su sien una manchita roja; la llama oscilante de los cirios animaba su rostro; sólo su trágica palidez confirmaba la muerte. Sus facciones conservaron la impasibilidad que tuvieron en vida, acaso porque la princesa creía, como los antiguos, que la expresión contradice a la belleza. Le habían puesto un hábito blanco. Su madre, sentada junto a ella, flaca, desgredada, tenía en aquel instante ojos de bruja. Los amigos llegaban en grupos, y se iban lentamente.

XXVIII

«NO ESCRIBAS»

Hacia ya dos años que el señor Dubois iba sólo de tarde en tarde a nuestra casa, tan frecuentada por él anteriormente. En sus cortas visitas, que al parecer ya no le interesaban, no se complacía como antes en inquietar a mi madre con discusiones acerca de la moral y de la fe. Aquellos discursos de severa elegancia, tan sustanciosos y tan ejemplares que me prodigó en la niñez, apenas me los ofrecía, precisamente cuando pude saborearlos mejor. ¿Estaba ya cansado de discurrir y de hablar? ¿Le pesarían sus muchos años? No lo aparentaba; su aspecto no había cambiado; parecía inmutable. Acaso, por no encontrar ya en mí una blanda cera donde imprimir sus pensamientos, no le era grato comunicar sus ideas a un mozo que le oponía las suyas, algunas veces con poca mesura y sin todo el respeto debido. Sin embargo una tarde de otoño resonó la campanilla de la puerta, imperiosa y breve como cuando llamaba el señor Dubois. Era él; sus grandes anteojos de cristales azul oscuro no permitían ver la expresión de su mirada. Ocupó un sillón,